

El viaje a las islas de las especias: una historia diferente

COLEGIO CEU SAN PABLO – SEVILLA - 6º EDUCACIÓN PRIMARIA



Autores: Laura Tena Adame, Isabel Lage Baraldes, Joaquín Henares Garduño, Francisco José Bernabé Rincón, Cesar Pimentel Gómez, Patricia Martín del Valle.

Tutor: José Ángel Jiménez Lagares

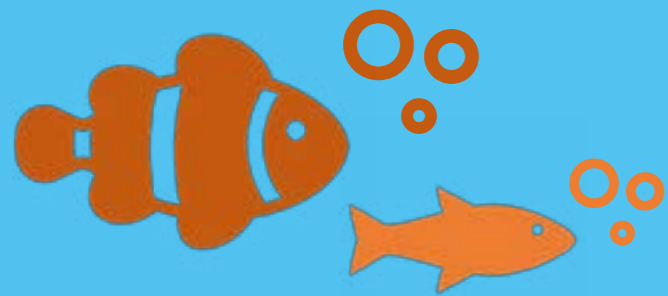


V CENTENARIO
F VUELTA AL
MUNDO



CEU
Universidad
Cardenal Herrera





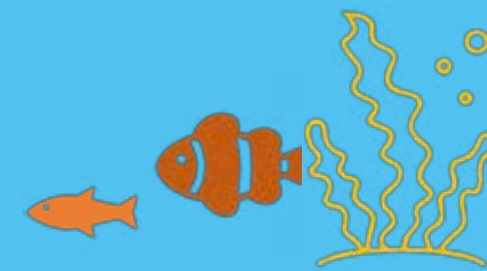
Capítulo 1. Juego de niños

Hace muchos años en España había un niño llamado Cristobal Colón que deseaba ser marinero. Iba todos los días al puerto a ver a los barcos ir y venir llenos de oro, tesoros y especias.

Su familia era pobre, pero a él no le importaba. Su juguete favorito era un pequeño barco de madera que su abuelo se lo había hecho a mano.

El mejor amigo de Cristobal se llamaba Lucas. Él era moreno bajito y con ojos verdes.

Lucas era muy generoso con su amigo Cristobal y los dos tenían muchas cosas en común como pintar, jugar en la playa y contar estrellas en la noche. Pero sobre todo a los dos les obsesionaba los barcos que le hacía su abuelo con madera.



Ellos soñaban con zarpar algún día y llegar a la India.

-Llegaremos hasta la india - Dijo Cristóbal.

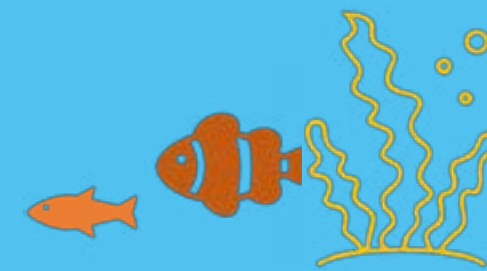
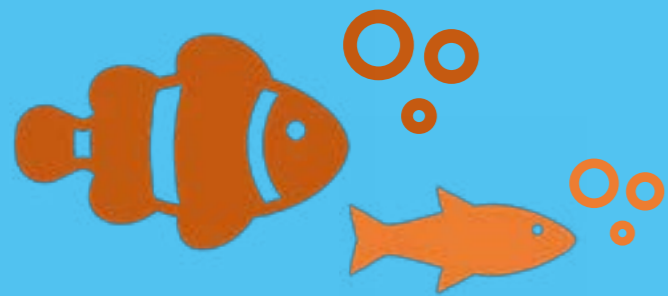
- ¡Sí, y nos haremos ricos! - Dijo Lucas.

Veinte años después el padre de Lucas enfermó y toda la familia tuvo que volver al país de procedencia, Italia. Cristóbal se puso muy triste. Su mejor amigo se había ido, pero antes de que eso ocurriera, le hizo una promesa - Llegaré a la India por ti- dijo Cristóbal.

Después de dos años el rey de España decidió que zarparía del puerto una embarcación a la India, para recoger oro y piedras preciosas.

Entonces Cristobal se enteró y decidió participar en la expedición.





Dos semanas después los Reyes Católicos eligieron a cien marineros para ir a la India. También eligieron a un capitán y a un ayudante, que sería Cristobal. Iban a zarpar el 14 de junio de 1492. Quedaban cinco días para salir y Cristóbal estaba muy nervioso.

Al día siguiente Cristobal fue al puerto y se encontró con dos marineros. Uno se llamaba José y el otro Manuel. Eran dos hermanos, se hicieron muy amigos de él. El día de zarpar, Cristóbal se despertó muy temprano, desayunó bien, y salió de su casa llegando primero al puerto.

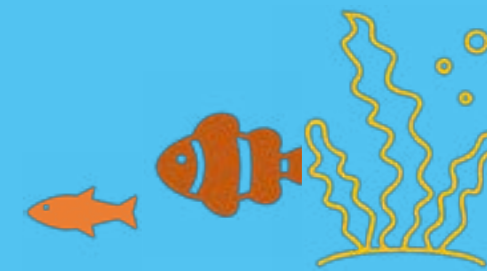
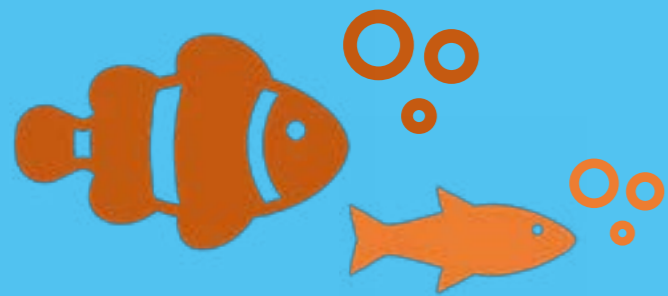
- ¡Ya están preparados! - ¡Qué ilusión! - dijo Cristóbal

Ya estaban preparadas las cinco naves, llamadas Pinta, Niña, Calavera, Trinidad y Estrella.

Ya estaban los marineros preparados, era la hora de zarpar. Estaban todos preparados cuando el capitán exclamó:

- ¡Izad las velas y soltad anclas!





Cien marineros salieron de España por el Guadalquivir en cinco embarcaciones. Un mes después ya iban por el Pacífico, donde se encontraron con piratas ingleses. Se enfrentaron en una gran batalla. En medio de esa batalla el capitán de la tripulación le dijo a Cristóbal:

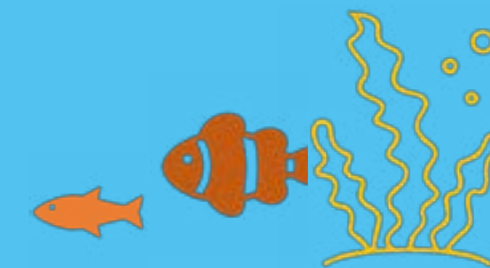
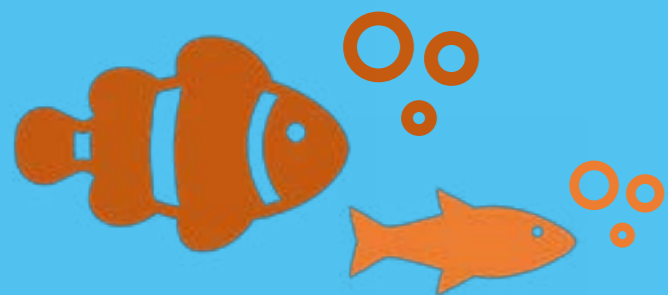
- ¡Si no acabo esta batalla, tú serás el nuevo capitán! Toma el mapa de la isla para que puedas encontrar el oro y las especias.



Un pirata mató al capitán y Cristóbal se convirtió en el nuevo capitán. Dos barcos se tuvieron que volver a España y otro naufragó a causa de una tormenta.

Unos meses después, a pocos kilómetros de la isla de las especias, otra gran tormenta acabó con todas las embarcaciones. Solo Cristóbal consiguió llegar a tierra remando en un viejo bote que se había salvado de la gran tempestad. Nunca más se supo de él hasta pasado un tiempo.





Capítulo dos. El rescate

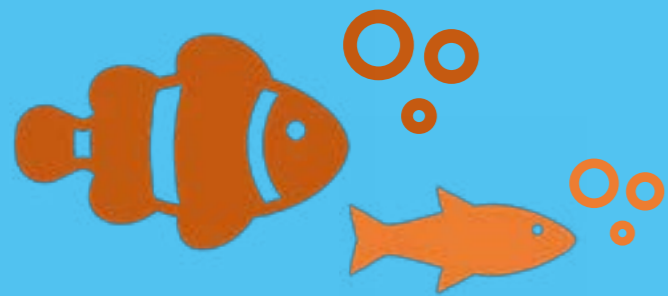
Unos cinco años después, en España esperaban con ansias el regreso de Colón. Algunas personas decían que había muerto, otras que se había quedado todo el dinero y se fue a otro continente, y hasta se rumoreaba que había sido secuestrado por la tribu Palacula.

El rey estaba pensando en enviar otra tripulación, para averiguar qué había pasado e intentar recuperar el dinero y a su marinero.

Un joven llamado Fernando de Magallanes le propuso al rey llevar a la tripulación a las islas donde se suponía que estaba Cristóbal Colón. Magallanes sin pensárselo dos veces fue a ver al rey para ofrecerse como capitán de la tripulación.

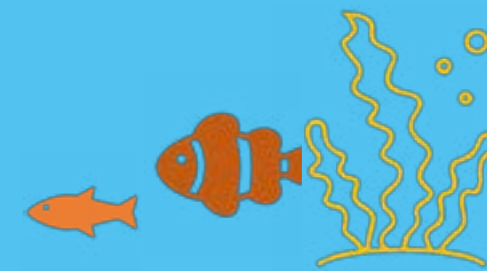
- Buenas tardes majestad. Se rumorea que usted esta pensando mandar una expedición en busca de Cristóbal y del posible oro que encontró y me gustaría ofrecerles mis servicios como capitán -dijo Magallanes.
- ¿Porqué debo de confiar en ti? Ya mandé una tripulación y lo único que recibí fueron barcos destrozados y ninguna moneda de oro - dijo el rey...
- Porque soy el mejor marinero de España y soy fiel a mi país -dijo Magallanes.
- Pareces muy seguro de ti mismo y eso me gusta. ¡Vale! Serás el capitán de la tripulación. Solo te voy a poner una condición: la tripulación y los barcos los pongo yo, pero en menos de un mes me tendrás que traer a tu ayudante. Una persona fiel a ti y a España, que siempre esté a tu lado y que te ayude a salir de las situaciones más inesperadas - concluyó el rey.





El rey de España le dio el visto bueno pero la condición que le impuso tenía a Magallanes un poco nervioso y preocupado. No sabía de nadie que tuviera esas características. Como en España no encontraba a nadie, se fue a buscar a Portugal. Paseando por el puerto de Portugal, encontró a un joven pescador con muchos conocimientos de navegación gracias a que su abuelo siempre fue un experto en la mar. Ese hombre se llamaba Juan Sebastián, pero era más conocido por su apellido, Elcano.

- Hola señor, me han dicho que eres muy bueno en la navegación ¿es así? -preguntó Magallanes cuando lo vio en el puerto.*
- La mar es mi vida y la de mi familia. Aprendí a hacer nudos marinos antes que a atarme los cordones de los zapatos - respondió Elcano.*



Magallanes se quedó impresionado por su gran barba. También le llamó mucho la atención los fuertes brazos y grandes manos que tenía Elcano, y sin pensárselo le propuso que le acompañara en la expedición.

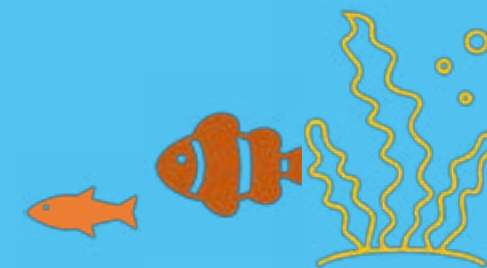
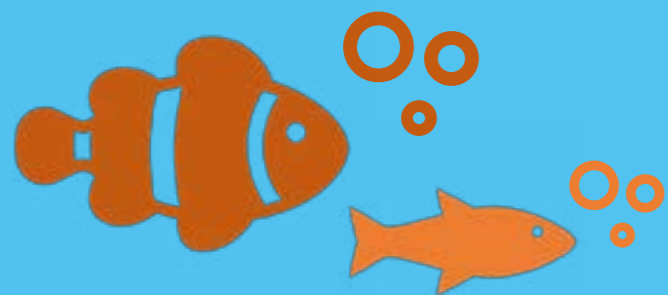
¿Te gustaría acompañarme como mano derecha en busca de oro y especias? - preguntó Magallanes

¿Navegaremos por grandes mares en busca de tesoros y nuevas tierras? - preguntó Elcano.

Sin lugar a duda -respondió Magallanes.

Sí, iré contigo y estaremos juntos en esta aventura.





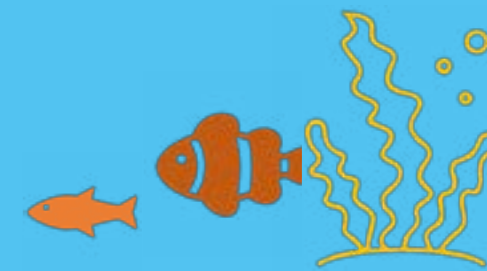
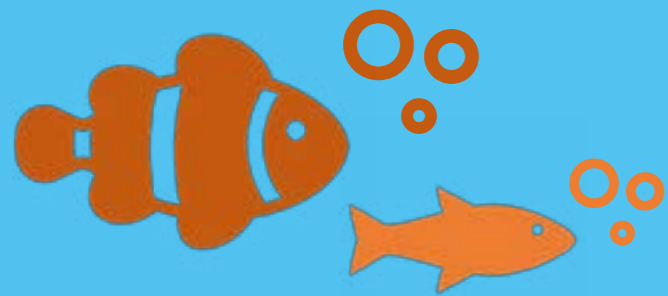
Después de esa conversación que acabó a altas horas de la noche, Magallanes y Elcano no se separaron hasta que tres meses después, juntos, zarparon hacia la isla de las especias.

Toda la expedición la componían cuatro barcos y doscientos marineros, entre españoles y portugueses, que habían venido con Elcano. Tenían previsto estar un mes en alta mar, navegando en la inmensidad del océano cuando Vistafina, un marinero que pasaba horas y horas oteando el horizonte gritó:

- ¡Barcos a la vista!*
- Todos a sus posiciones, ¡Preparad las armas! -gritó Magallanes.*

Eran cinco barcos llenos de marineros indios que no venían precisamente a hacer amigos. Nada más estuvieron cerca de ellos, los indios empezaron a saltar para los barcos de Magallanes. Tras una hora cruzando espadas y cañonazos, Magallanes, Elcano y su tripulación vencieron a los indios que se retiraron y pudieron seguir con su travesía, no sin antes ver como un barco español se había hundido y otro huyó a España.





Capítulo 3. ¡Tierra a la vista!

A la tercera semana, algunos marineros estaban descontentos con Magallanes. Decían que no tenía un rumbo fijo y que les iba a costar la vida haberles acompañado en esta aventura. El motín estaba cerca y así fue. Mientras Magallanes estaba dormido, un grupo de marineros lo atraparon y le obligaron a coger un bote y a desembarcar de su propia nave. Le dieron algo de comida y un cuchillo, para poder defenderse si lo necesitase. Vistafina, que era uno de los que se revelaron contra Magallanes le dijo a Elcano:

- Ahora tú eres nuestro capitán. Llévanos a la isla de las especias o a casa.

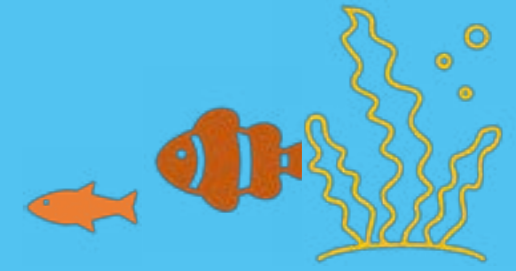
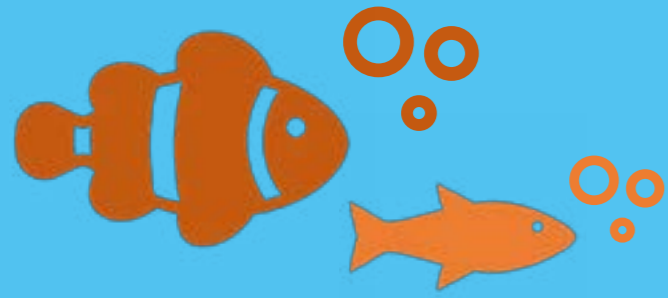
Os llevaré a la isla. Llegaremos en dos días -dijo Elcano- y se fue a su nuevo camarote.

Dos días más tarde, como había dicho Elcano, llegaron a la isla de las especias.



- ¡Tierra a la vista! -gritó Martínez, que no paraba día tras día de subirse en la parte más alta del barco y buscar la ansiada isla.





Fueron pocos minutos los que tardaron toda la tripulación en bajar del barco e ir a pisar tierra.

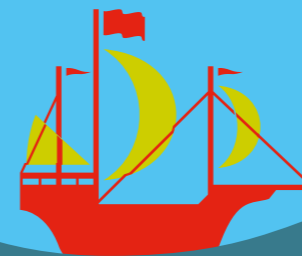
Lo primero que hicieron fue recuperar fuerzas. Comieron y descansaron para poder seguir con la travesía.

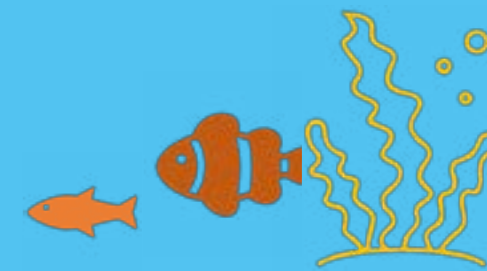
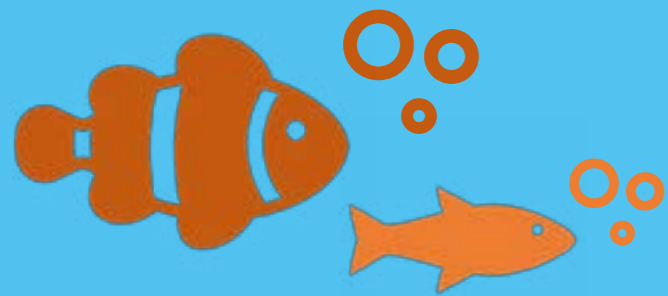
Mientras que unos montaban el campamento, otros, un grupo de diez marineros fueron a explorar la isla.

- Capitán, vamos a explorar la zona – dijo José Belmonte, un tripulante que se ofreció a la exploración.*
- Tened mucho cuidado y ojalá, Cristóbal, esté aún con vida –les dijo Elcano.*

Pasaron horas y horas y los marineros todavía no habían vuelto. La noche les sorprendió en el campamento, pero aún ni rastro del grupo de exploradores.

- Capitán todavía no han llegado, ¿les habrá pasado algo? –preguntó Martínez.*
- Esperemos que no, pero ahora es muy arriesgado ir a por ellos. Esperaremos que amanezca para salir en su búsqueda – añadió Elcano.*





Capítulo Cuatro. Oro parece plata no es

Con el primer rayo de sol, otro grupo de marineros, esta vez encabezado por su capitán, Elcano, salió en busca de los demás. Durante un buen rato, solo veían palmeras y más vegetación de la zona. No había ningún camino ni rastro de los demás cuando de repente...

- ¡Capitán, mire esto! - dijo Bonilla.

- ¿Quién ha podido hacer esto? - preguntó Elcano a sus marineros.

Detrás de una gran palmera, estaba el grupo de marineros que un día antes había salido a explorar, por desgracia todos muertos. No tenían restos de ningún tipo de ataque, ni ninguno tenía ninguna herida. Aunque todos estaban sujetando un vaso de barro que contenía un extraño líquido amarillento.

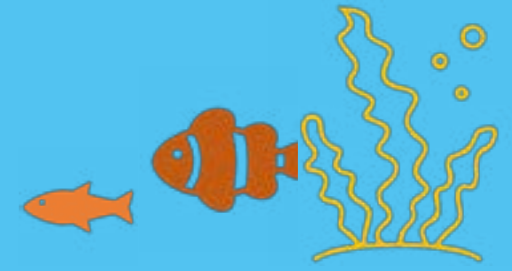
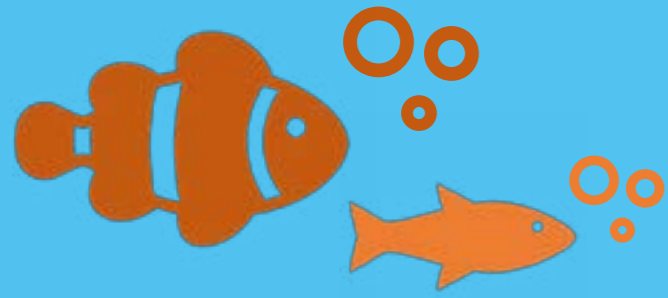
- ¡Han sido envenenados mi capitán! - volvió a exclamar Bonilla.

Junto a ellos había un cartel en el que se podía leer: ¡Oro parece, plata no es!

Todos estaban desconcertados, nadie sabía que significaba. Empezó a llover y a caer rayos muy fuertes. Salieron corriendo y dejaron allí a sus compañeros caídos. Mojados, sin apenas comida y casi sin fuerzas, siguieron andando, durando un día más.

Cuando ya estaban casi al borde de la muerte, encontraron una cueva y allí decidieron descansar.





Capítulo Quinto. Colón

¡Una cueva! -gritó Bonilla

Vamos a descansar aquí durante un buen rato. Buscad algo de comida por los árboles -siguió diciendo Elcano.

La cueva era muy oscura, pero al fondo se veía una luz. Creo que esa luz viene de una hoguera - dijo Vistafina.

Y para sorpresa de todos...

¡Cristóbal! -gritó Elcano.

¡Amigos! ¡Qué alegría que hayáis venido! Pasad pasad a mi humilde morada. Tengo comida y agua para todos -dijo Cristóbal.

Todos quedaron asombrados. No solo no estaba herido, sino que, además, había sobrevivido todo este tiempo en esa cueva perfectamente.

Cristobal tenía unas vestimentas un tanto raras. Llevaba una falda hecha con las hojas de una palmera y unos zapatos hechos con el corcho de los árboles.

Pero Cristóbal, te veo bien, feliz, como en España - dijo Bonilla.

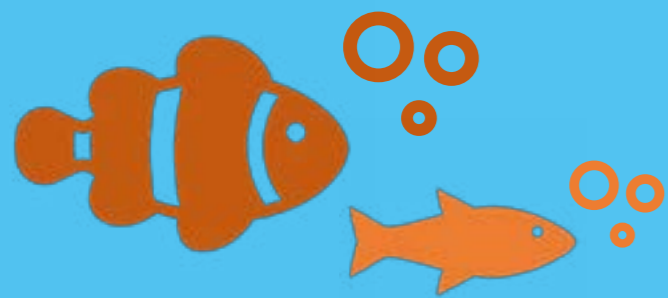
Claro que sí, me han tratado muy bien -dijo Cristóbal.

¿Quién? Preguntó Elcano sorprendido.

La tribu de los Pielas Rojas -contestó Cristóbal.

¡Esos malditos asesinos! Mataron a nuestros compañeros que salieron antes que nosotros para explorar la isla. Sus cuerpos sin vida están cerca de nuestro campamento. No pudimos ni enterrarlos porque nos cogió una gran tormenta - exclamó Elcano enfurecido.





¿Asesinos? ¡Qué va! Son solo unos magníficos químicos que nos pueden enseñar mucho sobre botánica y otras cosas más. Aunque... -dijo Cristóbal.

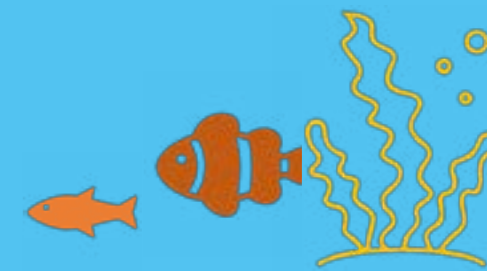
Aunque... ¿qué? -preguntó Vistafina.

Que... cuando se sienten amenazados, suelen dormir a las personas con una mezcla de cáscaras de plátano y otra planta más rara que hay por aquí. A mí me lo hicieron cuando me vieron por primera vez. Pero si venís conmigo no tendréis problemas -dijo Cristóbal.

¿Entonces los demás están vivos? -preguntó Elcano ansiosamente.

Mmmm, ¿bebieron algo amarillento o tenían marcas de pinchazos? -preguntó Cristóbal.

¡Síiiii! -contestó Elcano energicamente.



Pues seguro que sí están vivos, pero cuando los visteis estaban plácidamente dormidos -añadió Cristóbal.

Elcano se puso muy contento. No podía imaginar que parte de su tripulación estaba viva.

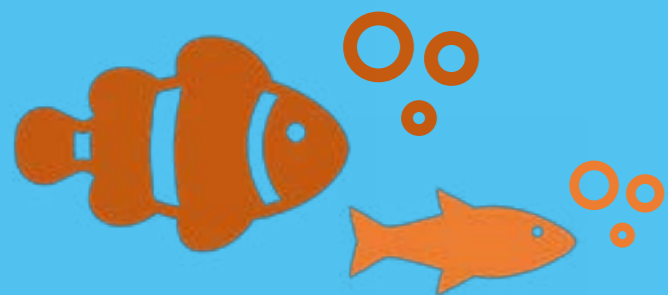
Para para para... dijo Bonilla. ¿Y los que nos atacaron en la mar? Nos hundieron un barco y obligaron a otro a volver a España- recordó Bonilla con malestar.

¿Tenían la cara pintada de blanco y azul? -preguntó Cristóbal.

¡Sí! -contestó Vistafina.

Esos no pertenecen a la tribu de los Pielas Rojas. Son de otra isla y no son así de agresivos, pero están gobernado por los ingleses que los tiene esclavizados. Por esta razón se tienen que comportar así, para que no sean castigados por el rey inglés -explicó Cristóbal.





¡Ahhhh! Ahora todo tiene sentido- dijo Elcano.

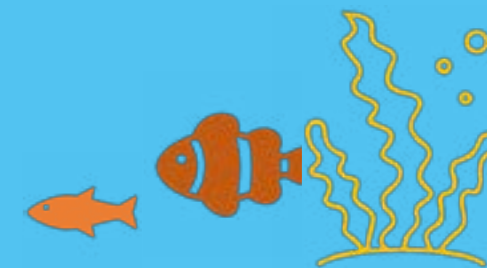
Por cierto, esto está muy bien. Aunque os ha cogido una tormenta, pero no suele llover. Hace una temperatura excelente, el agua de la playa es transparente, el agua de coco está muy buena y la fruta exquisita, pero... ¿podría volver a España con vosotros? - preguntó Cristóbal.

¡Claro que sí! - Contestaron todos juntos. Esa era parte de nuestra misión. Devolverte a casa sano y salvo- dijo Elcano.

Cristóbal decidió volver a España, pero no antes de darle las gracias a la tribu de los Pielas Rojas por haberlo ayudado desde que llegó a la isla. Cristóbal también le enseñó muchas cosas de España y por eso los Pielas Rojas le hicieron un regalo.

¡Ya nos podemos ir! Me ha dado mucha pena despedirme de ellos, pero añoro España, añoro mi tierra - dijo Cristóbal.

¿Qué es eso que traes? Parece pesado, ¿no? -preguntó Bonilla.



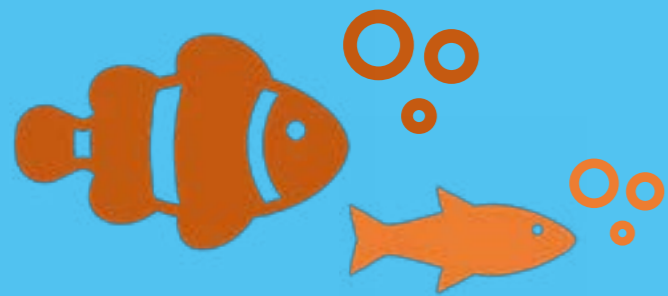
Nada, un baúl lleno de oro, diamantes y especias. Un pequeño obsequio para la Corona de España-contestó Cristóbal.

¡Cristóbal! -exclamó Elcano. El rey de España estará muy orgulloso de nosotros- continuó diciendo.

¡Viva España y sus marineros! - gritaron todos de alegría.

Los marineros zarparon rumbo a casa y parte de la tribu fue a despedirse de ellos a la orilla de la playa.





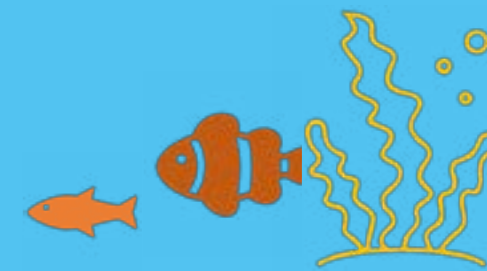
Capítulo Sexto. La vuelta

Al final, todos volvieron a casa sanos y salvos. Hasta Magallanes, que lo encontraron remando por el océano. El cuchillo que le dieron le valió para pescar algunos peces y sobrevivir. Por supuesto, toda la tripulación que se amotinó contra él le pidió perdón.

Cuando llegaron a España, después de recibirlos como conquistadores, el rey le dio un barco a cada uno de los dos protagonistas de esta aventura, a Magallanes y a Elcano para que pudieran aventurarse en los mares cuando quisieran.

El barco de Magallanes se llamaba Oro Parece y el de Elcano... Plata No Es.

Cristóbal, con todo lo que había aprendido sobre botánica en aquella isla, decidió hacerse farmacéutico y ayudar a las personas que tenían algún dolor. Gracias a la mezcla con la que los Pielas Rojas dormían a la gente, se empezó a utilizar la anestesia para sacar los dientes que se picaban.



Meses más tarde, el rey se enteró de lo mal que lo estaban pasando la tribu que estaba dominada por los ingleses y les propuso a Magallanes, Elcano y a Cristóbal ir a ayudarles.

¿Qué contestarían los aventureros?

FIN...



